



150 AÑOS DEL NACIMIENTO DE LISANDRO ALVARADO⁽¹⁾.

Alexei Guerra Sotillo

Licenciado en Administración Comercial
(UCLA)
Magister en Gerencia Mención: Empresarial
(UCLA)
Docente-Investigador del Decanato de
Administración y Contaduría UCLA
alex eig@ucla.edu.ve

Debo confesarles, estimados amigos y respetable público presente, que cuando recibí semanas atrás la llamada del Rector de nuestra Alma Mater, Francesco Leone, en la cual me informaba que era yo el elegido para pronunciar el discurso con motivo de la conmemoración de los 150 años del natalicio de Don Lisandro Alvarado, dos sentimientos aterrizaron en mi ser.

Asombro, ante el inesperado llamado, especialmente por la existencia de muchos y valiosos estudiosos y concedores a profundidad de la vida y obra de Lisandro Alvarado, con mucha mayor autoridad intelectual que quien les habla. Pero también compromiso, no sólo con nuestra Máxima Casa de Estudios, que lleva el nombre de este tocuyano universal, sino precisamente con el reto que entraña el rendirle un homenaje que pueda mantener ondeando aun el día de hoy y los que vendrán, la bandera de sus ideas y de su espíritu, sembrados en el corazón de esta tierra, de Lara y de Venezuela.

Recibido: 08-10-09
Aceptado: 25-01-10

¹ Discurso de Orden. Sesión Especial de la Alcaldía de El Tocuyo, estado Lara. 19-09-2008.

Pensaba, en la soledad de la hoja en blanco mientras bosquejaba estas palabras, ¿Qué puede decirse sobre Don Lisandro, de quien se ha dicho y escrito tantas cosas? ¿Qué esperan Uds., escuchar, el día de hoy, que ya han hayan escuchado, o conocido, o sabido sobre el hijo de Don Rafael Alvarado y Doña Engracia Marchena de Alvarado?

Y esas preguntas, cargadas de la angustia y preocupación de quien no quiere llover palabras manidas sobre el mojado terreno de biografías, semblanzas y análisis elaborados sobre el quehacer Alvaradino, se juntan sin querer con las interrogantes ya planteadas en su momento por el reconocido historiador Reinaldo Rojas: ¿Cómo hacer para lograr la incorporación de su obra al proceso intelectual actual? ¿Cómo hacerlo nuestro contemporáneo? Y esas inquietudes, refería Rojas, nos colocan frente a uno de los dramas centrales de la historia del pensamiento social venezolano: su discontinuidad.

Quizás haya primero que aceptar, con dolorosa certeza, que no solo muchos venezolanos no saben quién fue Lisandro Alvarado, sino tristemente, que muchos larenses aun hoy, ignoran su nombre y su legado científico, intelectual y moral. Y ello no solo ocurre con Don Lisandro, sino con tantos otros hombres y mujeres valiosos que han desarrollado, desde la tranquila constancia del anonimato, cualquier actividad destacada en el mundo de las ciencias, de las artes, de la cultura, en provecho de la Patria. En plena era globalizada y de abundantes fuentes de información, la ignorancia aun goza de buena salud, y el desarraigo pulula

replanteando la noción misma de Patria, de cultura, de identidad, y de ciencia.

Por tal razón les declaro desde ya, mi clara y total decisión de esquivar el camino de la minuciosa biografía, o de la rigurosa cronología de la vida de Lisandro Alvarado, con el perdón de quienes esperaban ese usual recurso. Sospecho, que el propio Don Lisandro estará guiñandome el ojo desde algún lugar del cielo tocuyano, con su humildad y sencillez característica, alejada de protocolos y ceremonias.

Pretendo, en su lugar, intentar responder a la interrogante previa, adelantada por Reinaldo Rojas, hoy, al cumplirse 150 años de su nacimiento, buscando más bien todo aquello que ha convertido a Lisandro Alvarado en una figura atemporal, universal. ¿Por qué hoy debemos celebrar su nacimiento? ¿Por qué hoy debemos referirnos a su trayectoria, a su quehacer científico, histórico, etnográfico, lingüístico o médico? Que es lo mismo que preguntarnos ¿Cuáles son los valores, las premisas fundamentales, que Lisandro Alvarado nos ha legado a todos nosotros, en el ejercicio de la ciencia?

Revisando su pasado, pero parados desde la perspectiva de este presente, aquí y ahora, pretendemos identificar algunos de esos valores, proyectando su continuidad hacia el futuro.

Nació Lisandro Alvarado un día como hoy, hace 150 años en esta ciudad, y en una Venezuela que se debatía, luego de la gesta de independencia, entre los intereses, liderazgos y proyectos políticos de caudillos militares que desembocaron en la Guerra Federal, en

la tortuosa construcción de una idea de país que se cocinaba lentamente en el fogón de los fusiles, en el contexto de la política venezolana del siglo XIX.

Era una Venezuela agrícola, en cuya estructura económica se combinaban elementos semi-feudales alrededor del cultivo del café y otros rubros, la dispersión geográfica y aspectos incipientes de una economía mercantil y capitalista que, a la par de la conformación de un mercado capitalista mundial, impulsado por los efectos de la Revolución Industrial, despuntaría en los albores del siglo XX, con el advenimiento de la explotación petrolera.

Médico de formación, científico por convicción e inspiración, Alvarado cultivó desde muy joven una de las características fundantes del quehacer científico: la curiosidad. El estudio de su entorno, de las cosas más sencillas de su medio, formaron un espíritu de indagación y búsqueda de datos que, con el tiempo, devendría en el meticuloso método científico como depurada vía para la investigación, en todas sus variantes y disciplinas.

Medicina, Historia, Etnografía, lingüística, geografía, literatura, botánica, diversos fueron las áreas del saber que abarcaron sus estudios, al ser quizá diversas las preocupaciones y abundantes las habilidades y el talento de Alvarado para el pensamiento reflexivo, crítico y sistemático, propio de la ciencia.

Es reiterada en diversas biografías y en no pocos de sus estudiosos, la imagen de Alvarado como un científico errante, casi nómada, a quien parecían

fastidiarle las largas estadías en un cargo de oficina determinado, o en alguna ocupación política o de carácter oficial, y sin pensarlo mucho, armaba su mochila y se iba a caminar y a explorar la flora y la fauna, el habla y las costumbres, las afecciones y enfermedades, el comercio y la tradición histórica, en diversos pueblos de Venezuela, hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

De arraigada formación católica, Alvarado encontró las primeras luces del saber en su formación secundaria, en el colegio La Concordia, de Don Egidio Montesinos. En las aulas de la Universidad Central de Venezuela, se formaría como médico, y conocería las nuevas tesis positivistas que impartían Adolf Ernest y Rafael Villavicencio, tesis que no aceptaría de inmediato, y que formarían parte de su arsenal teórico y cognoscitivo años después, luego de la necesaria maduración y la profunda reflexión.

Desarrolló Alvarado sus ideas, adelantó sus estudios y fue pionero abriendo caminos en Venezuela, en una época en la que otros se empeñaban en cerrarlos.

Y en este punto, al sopesar los trabajos de Alvarado, sus aportaciones en el campo de la etnografía, del Lenguaje, de la Historia y de la Medicina, en los difíciles comienzos de la actividad científica en el país, plagado de dificultades, guerras y carencias, de incompreensión, recelo y sobre todo de atraso, nos atrevemos a realizar una digresión, invitándolos a realizar un ejercicio mental.

¿Uds. se imaginan si Lisandro Alvarado hubiese tenido acceso, en

1896, o en 1903, a las maravillas del correo electrónico? ¿Si tuviera en sus manos un computador de última generación con acceso banda ancha a Internet? ¿Si en lugar de días, o semanas, para comunicarse con su familia, o con sus colegas venezolanos o extranjeros a través del servicio postal, hubiese tenido un teléfono celular? Probablemente hubiese podido llamar, al término de un segundo a su amigo José Gil Fortoul, para saludarlo o hacerle correcciones y sugerencias sobre el borrador de su “Historia Constitucional de Venezuela”, o enviarle un mensaje de texto a Luis Razzetti sobre alguna teoría médica, o hubiese podido solicitarle a Antonio María Pineda le trajera publicaciones o libros de París.

¿Qué habría hecho Don Lisandro Alvarado si hubiese tenido a su disposición todas las herramientas científicas, tecnológicas y comunicacionales propias del año 2008? Quizá hubiese podido hacer mucho más de lo que hizo o investigó, o probablemente su obra fuese exactamente la misma. Nunca lo sabremos, pero lo que si podemos saber es que el talento, la constancia, la pasión por el conocimiento eran características de su personalidad, y que ellas trascienden espacio, tiempo y técnica. Ha sido así, y así seguirá siendo.

Pero volvamos a la interrogante inicial. ¿Qué hay de contemporáneo en Lisandro Alvarado? ¿Qué vigencia podemos encontrar en la personalidad que hizo posible su obra científica y humanística?

Pensando en el hombre, pensando en sus sueños, en sus aspiraciones, en sus alegrías y tristezas, y sobre todo en

su amor por esta tierra, podemos vislumbrar estos valores, que no son meras palabras vacías o usualmente empleadas con objetivos diversos. A cada palabra Alvarado la llenó con el significado que su trabajo, su trayectoria y disciplina le imprimieron:

Humildad: la humildad tiene como rasgo axiológico peculiar que quien osa poseerla como atributo no puede nunca invocarla, porque deja en ese momento de existir en él. Es decir, quien dice “soy humilde”, deja en ese mismo instante de serlo, evidenciando una vanidad absoluta, y dejando en segundo o tercer plano las acciones, obras o virtudes que justificarían, siempre a los ojos ajenos, tal condición.

Guillermo Morón, al destacar en nuestro epónimo esta virtud, señala que el ejercicio de la humildad consiste en reconocer las incapacidades propias, sin vanagloriarse de ellas, en reconocer el propio valor, sin exhibirlo.

Alvarado fue militante secular de la humildad, y debemos rescatarla, más como necesario atributo del alma humana, como una condición deseable del alma científica. Todo científico debe ser humilde ante el objeto o sujeto que pretende estudiar, ante la complejidad del mundo que se cierne sobre él y ante sus limitaciones al tratar de acceder a la verdad. Como valor, ella permitirá la posibilidad no solo del error o la duda, sino la recepción y aceptación de otros modelos teóricos o de ideas que le abran el entendimiento a nuevas perspectivas de estudio.

Equilibrio: Necesario pero en ocasiones esquivo, deseable aunque difi-

cil, el equilibrio fue también rasgo presente en el ejercicio intelectual de Alvarado, y en las tesis que sustentaba y defendía en sus trabajos y publicaciones.

Remite este concepto-valor a la polémica en torno a la objetividad científica, venida a menos a propósito de ciertos postulados posmodernos y fuertes críticas a la idea de neutralidad o imparcialidad, pilares entre otros del paradigma de la modernidad y el progreso, en pleno auge en los tiempos de Alvarado, pero en tela de juicio desde fines del siglo pasado por no pocos autores.

Salvando las distancias históricas y epistemológicas, es necesario rescatar de Alvarado la noción de equilibrio presente en la labor científica, que puede realizarse desde la acera de un modelo teórico o un paradigma científico o filosófico determinado, pero que debe estar atento y sin fanatismos, a las voces críticas o contrarias, y sobre todo a reconocer la posibilidad del cambio y la innovación, en la búsqueda de la verdad.

Lo ha recordado Carlos Giménez, al citar al maestro tocuyano:

“Evolución y selección no cesan de agitar el mar del pensamiento: sistemas, escuelas, libros favoritos, todo va pasando a proporción que pasan ideas dominantes en los pueblos; a la muerte de lo uno se sigue el nacimiento de lo otro, y nada queda, en definitiva, triunfante del imperceptible tránsito de los siglos” (Obras Completas, Vol. VIII, 1958, p. 325)

Equilibrio, que no neutralidad o

pasividad ingenua; equilibrio, defensa de los argumentos propios, pero apertura a los ajenos aunque distintos, y al cambio como condición inmanente del saber científico.

Integralidad: No es un secreto que abarcó Alvarado diversas áreas del saber y variadas disciplinas, atravesando sin pedirle permiso más que a su conciencia y talento, la frontera de varios territorios cognoscitivos. Bien podía traducir un poema clásico griego, que abordar el estudio de la neurosis y el alcoholismo, analizar aspectos de la Guerra Federal, que hacer aportaciones sobre la fiebre hematórica, o describir el uso de un vocablo o forma del habla del bajo español en algún pueblo de Venezuela.

Adelantándose a nuestro tiempo, Don Lisandro cultivó diversas disciplinas, demostrando que en ocasiones las barreras entre las ciencias y las humanidades dependen más de sectarias murallas edificadas por el egoísmo o la ignorancia de los hombres, que de las infinitas posibilidades de la mente creadora, o de un alma curiosa. Había en Don Lisandro un vértigo de saber, según lo relata Guillermo Morón:

Se tiene entendido que profesará la Medicina; esto no obsta, siendo tan fuertes los estudios y el que los toma tan a pecho, para diversificar el aprendizaje metódico de dispares ciencias. Todo lo desea. Ha entrado en un vértigo de saber cuanto existe.

Uno de los atributos del quehacer científico del momento actual es la inter y transdisciplinariedad del conocimiento

to, y el imperativo creciente de cruzar fronteras invisibles entre áreas diversas del saber para estudiar un fenómeno o responder alguna pregunta. Es la integralidad condición deseable de cualquier hombre de ciencia y de su actitud, condición que Alvarado cumplió hasta la saciedad hace más de un siglo.

Constancia y Visión de Largo Plazo:

No presenció Alvarado la conformación de las bases materiales de la Venezuela petrolera, y toda la industrialización y efectos que ella generó y sigue aun hoy generando en nuestra economía, en nuestra política y en nuestra cultura.

Desarrolló desde temprana edad una sistemática disposición científica, una metódica exploración de su entorno, que muchos años más tarde se concretarían en trabajos, publicaciones, madurez y experiencias de vida.

Fue ejemplo de constancia, de trabajo permanente y sin horarios en su búsqueda del conocimiento, y demostró que la labor científica no se hace de un día para otro, y que es una tarea siempre paulatina, y esencialmente de mediano y largo plazo.

Presenciamos hoy, fruto probable de una cultura que se ha edificado económicamente sobre el aprovechamiento de la riqueza petrolera, de un facilismo que en tanto anti-valor del poco esfuerzo, del no-trabajo para obtener cualquier cosa, atraviesa porciones crecientes de nuestro tejido institucional, convirtiendo a quienes creen en el valor del trabajo y el esfuerzo, del conocimiento y la superación como vías de crecimiento material y espiritual, en seres de otra galaxia, en formas de vida extraterrestre y ciertamente, excepcionales.

Es por ello conveniente y urgente rescatar la constancia y la visión de largo plazo de cualquier proyecto, esfuerzo o trabajo científico particularmente, como premisa esencial de quienes ejercen la docencia, la investigación, la economía o el Estado. No hacerlo, es condenarnos y condenar al país a sufrir los embates del ensayo y el error, y a la falta de continuidad de lo que de positivo pueda hacerse o iniciarse.

Entrega: Sumergirse en las aguas de la actividad científica, con todas las energías físicas, intelectuales y espirituales plantea, para evitar cualquier naufragio, una entrega total, y no poco sacrificio.

Es posible que esto lo haya entendido, conciente o inconcientemente Alvarado, al momento de asumir sus investigaciones y su praxis científica y humanística, dejando atrás en no pocas ocasiones familia, amigos, o las comodidades y ventajas de una vida más sosegada, tranquila, con una ocupación sin mayores exigencias de tiempo o dedicación, o sin las implicaciones de permanentes viajes o salidas de campo.

Más allá del talento y perspicacia del científico, de su formación y disposición para la indagación metódica de la realidad física, natural o social, y de las herramientas e instrumental técnico y teórico que se posea, la actividad científica de trascendencia, la que puede aspirar en algún momento a realizar un aporte importante o a desentrañar los enrevesados o desconocidos hilos de la realidad, requiere de constancia, dedicación, y muy especialmente, de entrega.

Entrega a un país que requería de personas que lo auscultasen y describieran, en momentos en los que la ciencia era en Venezuela, más un apostolado que una disciplina extendida y respetada. Entrega y dedicación a su estudio, sin esperar mayor recompensa que el mejor conocimiento del país, de sus problemas, carencias y de sus posibilidades, teniendo como norte su avance y progreso.

Queda así expresada esa intención, en esta cita que Oscar Sambrano Urdaneta refiere de Alvarado, incluida en su prólogo a una obra del Dr. Francisco Antonio Risquez:

Si algún mérito bien ganado hubiere en los que pueden mover la lengua con propiedad o su pluma con acierto, sería con razón ese de estudiar o escudriñar las cosas de la patria misma, por más desdén con que las vean los snobistas de todos los tiempos. Pero este snobismo cae en el olvido tan luego como pasa la moda literaria y no deja para la patria sino escasa utilidad, o ninguna en resumidas cuentas. ¿Cómo se puede proponer el adelanto de un país, si no se le conoce minuciosamente?

Es por ello esa capacidad de entrega a la patria, al país, de Alvarado, una herencia invaluable, y un espejo en el cual, lamentablemente, cada día se reflejan menos rostros.

150 años han transcurrido desde el nacimiento de Don Lisandro, y hoy, muchas, demasiadas cosas han cambiado, y otras no tanto. No dejo de

pensar, acaso en algún malabarismo del tiempo, en una travesura de la imaginación que nos trajera de vuelta, hoy, aquí entre nosotros, a Lisandro Alvarado, al menos para conocer su opinión y su sabiduría sobre el mundo de hoy, y en especial, sobre el mundo científico. ¿Se imaginan?

¿Qué pensaría nuestro sabio tocuyano sobre los avances de la genética molecular? ¿Cuál sería su opinión sobre las investigaciones con células madre? ¿Se escandalizaría, rechazaría o deslizaría algún silencio prudente sobre la clonación? ¿Cuál sería su posición, de estudioso riguroso del idioma castellano, sobre las modificaciones y variantes actuales de la Lengua de Cervantes? ¿Mostraría su preocupación sobre el calentamiento global? ¿Qué podría aseverar, en torno a las tesis que hablan de la posmodernidad? ¿O sobre algunas, más audaces aun, que anuncian el fin de la Historia? ¿Se interesaría por conocer las posibilidades de vida en Marte? ¿Cuál sería su postura ante el acelerador de partículas del Laboratorio Europeo de Física de Partículas, la máquina más potente jamás construida por los físicos y que busca recrear las condiciones del Big Bang, y del origen del Universo?

Sin duda que todas estas y otras innovaciones y realidades del mundo científico contemporáneo, le inquietarían a Don Lisandro, pero dejamos para cada uno de Uds., o al territorio de la ficción y la fantasía, las respuestas de nuestro homenajeado.

Estas preguntas sin respuestas, nos llevan a la última de las premisas o valores que, en nuestra opinión, forman

parte de la herencia Alvaradina, siendo al mismo tiempo pilar axiológico de la labor académica, científica y humanista de los tiempos por venir. Y ese valor es el de la Percepción y la Acción.

Los avances a un ritmo cada día más acelerado de la ciencia y el saber, se concentran no solo en el mundo externo y tangible de los fenómenos naturales, biológicos, económicos o sociales, sino que también abarcan el mundo de los fenómenos humanos, mentales y psíquicos, y de la propia capacidad racional y afectiva del hombre. Y los adelantos de la neurología son prueba de ello.

Se hubiese maravillado Alvarado de saber a fines del siglo XIX, lo que conocemos hoy, empezando el XXI sobre el cerebro, y sobre la mente humana. El cerebro consume el 20% de la energía del organismo humano, bien sea que se encuentre activo o en reposo. La corteza prefrontal del cerebro regula el raciocinio y el juicio moral, la llamada Área de Broca controla el habla, y la Amígdala a su vez parte de las emociones. Las investigaciones sobre redes neuronales, apuntan hoy a la posibilidad de cambiar el juicio de una persona bloqueando determinadas partes de su cerebro; así, cosas que antes parecían malas a esa persona, pasan a resultarle indiferentes. Las posibilidades son infinitas, tanto como las amenazas y los desafíos en este ámbito científico.

El responsable de buena parte de estas investigaciones de vanguardia en el campo neurológico, es Álvaro Pascual-Leone, español para más señas. (Habrá quizá algún tatarabuelo en común o parentesco genealógico con

nuestro Rector, Francesco Leone, en todo caso le tocará a él aclararlo).

Pascual-Leone es profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, y dirige el Berenson-Allen Center, instituto cuyas investigaciones han permitido conocer mejor los procesos neuronales del cerebro, y por tanto, de la mente y la conciencia.

Este investigador afirmó, en una entrevista, que la percepción fundamentalmente no puede separarse de la acción. No se puede pensar en captar el mundo, percibir el mundo, sin aceptar que el objetivo de dicha capacidad es poder actuar sobre el mundo.

Alvarado, observador acucioso, afinó su capacidad de percibir la realidad geográfica, etnográfica, médica, lingüística e histórica de Venezuela, sentando las bases de un conocimiento que permitiera justamente la acción transformadora, la actuación y resolución de sus problemas.

Entrega, integralidad, constancia, humildad, equilibrio y percepción. Son estos, en nuestro criterio, los valores y premisas que guiaron a Lisandro Alvarado en su quehacer científico y humanístico, y que hoy, a 150 años de su natalicio, nos deben servir de guía y referencia para continuar la construcción que él y muchos venezolanos dignos iniciaron en el pasado, de esa nación espiritual como la llamara Carlos Giménez, nación de las ideas, del talento, del conocimiento, la ética y la búsqueda incansable de la verdad.

Estimados amigos, señoras y señores, gracias por su paciencia 